

EL TORO SÍMBOLO DE LA FERTILIDAD

MAGIA SEXUAL DEL TORO

El toro como símbolo de la reproducción y la fertilidad y, por consiguiente, como constitutivo del rito religioso.

¿EXISTIÓ UN CULTO AL TORO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA?

En la Península Ibérica y desde una remota antigüedad, el toro ha desempeñado un papel importante en la religión prerromana. Existen huellas importantes en las religiones y ritos que han pervivido hasta nuestros días en las poblaciones rurales. El folklore y la etnología nos proporcionan datos en este sentido.

La influencia de la civilización mediterránea en Iberia es evidente.

El pueblo ibérico es anterior a la invasión céltica, que comenzó en el siglo IX a. C. y no penetró hasta el Sur. La característica de la Península antes de la romanización fue su falta de unidad.

El tono general de las creencias demuestra un fuerte contenido naturalista: veneración de montes y fuentes benéficas, a las que se arrojan exvotos; huellas de creencias astrales, particularmente en la zona celtizada; imágenes teriomorfas (transformación de un ser humano en un animal), con frecuentes elementos fantásticos; prácticas de sacrificio animal, humano y primicial; tales serían las características comunes de las religiones ibéricas. Los nombres de los dioses que conocemos a través de los romanos son de contenido céltico.

En las religiones ibéricas está claro su carácter práctico: los devotos entran en contacto con el elemento divino para obtener favores tangibles inmediatos.

Es un tópico repetido por historiadores y arqueólogos, que en Iberia existía un antiquísimo culto del toro. Se basan en

1. Una frase de Diodoro según la cual *los toros son considerados como sagrados entre los iberos hasta nuestros días*. «(Cierta rey) consagró todos los toros (de una parte del rebaño de Gerión que Heracles le había regalado por rendirle culto) a Heracles y cada año le sacrificaba el toro más hermoso; y sucede que los toros siguen considerándose sagrados en Iberia hasta nuestro tiempo.»
2. La constante figuración pictórica y escultórica de estos animales desde finales del Paleolítico hasta la época romana.

La afirmación del culto al toro es una afirmación aproximativa, poco diferenciada desde el punto de vista histórico-religioso y sin contenido preciso.

La figura del toro aparece frecuentemente en las pinturas rupestres del Neolítico español. Se trata del toro salvaje, cazado por hombres armados con flechas y arcos. Falta la acentuación de los órganos de la generación; está muy marcada la corpulencia y fuerza del animal, particularmente los cuernos y no existe ningún indicio que revele la especial veneración del animal.

En la cultura turdetana y tartésica predominaba el elemento agrícola y ganadero.

Sabemos por Estrabón que la región abundaba en toros. Esta abundancia explica la especulación griega sobre los Toros de Gerión, localizando este personaje en el sur de España, adonde Hércules (el Egipcio) había llegado en busca de los famosos toros.

Más antigua es la atribución a la Península Ibérica de la caza del toro con carácter ritual, descrita en el Timeo como costumbre de los habitantes de la Atlántida, y que debe apoyarse en la peligrosa hipótesis de que la Atlántida estaba situada en Tartessos. Lo único importante de esto es la importancia que tendría el toro en la parte meridional de la Península.

La afirmación de Diodoro, de que los toros son considerados como sagrados entre los iberos, se relaciona con las muchas figuras encontradas en el centro y sur de la Península, principalmente en la región de Extremadura. Se trata de cabezas de piedra, de tamaño natural, y que parece que no forman parte de cuerpos.

De la misma región son los famosos Toros de Guisando, cuatro esculturas en granito, de tamaño natural, están colocados en fila y se interpretan como dotados de una finalidad mágica, que consiste en la protección de la especie.

Otros toros de piedra se encuentran en Écija y son numerosos en Alicante (Cabeza del Lucero). El más famoso es el Toro de Osuna.

Más rara es otra escultura: la Bicha de Balazote. Es una cabeza antropomorfa que ofrece una semejanza con las divinidades fluviales griegas, pero con la diferencia de que tiene un carácter androcéfalo.

No ha aparecido hasta ahora ninguna representación del *Tarvos trigaranus*, única modalidad del culto al toro entre los celtas.

No se conocen monumentos que representen al toro como animal de sacrificio. Es muy difícil encontrar en las monedas españolas las huellas del significado religioso del toro. En el Norte hay una ausencia del valor religioso del toro en la región de los celtas.

Los defensores de la existencia del culto al toro en la Península se apoyan principalmente en el texto de Diodoro que afirma el carácter sagrado del toro entre los iberos.

«Se puede asegurar que el documento más importante sobre el papel religioso del toro en la España antigua es el texto de Diodoro en el que se afirma el carácter sagrado del toro entre los iberos. Los estudiosos que admiten que el culto al toro existió en España se apoyan principalmente en este texto.

Somos de la opinión, por nuestra parte, que la más clara conclusión que se deduce de este breve *excursus* sobre el papel del toro en las religiones antiguas de España es la de una difusa veneración del animal, como base común en todo el centro, este y sur de España.

En algún lugar parece haberse producido, en épocas posteriores, una antropomorfización del toro, pero en el resto de la Península su figura parece estar ligada tenazmente a la magia del mundo vegetal, del animal o del humano.

De su relación con el mundo uránico [mundo celeste, astral] faltan en la actualidad testimonios. El toro es siempre un ser [ctónico: perteneciente a la tierra profunda, al inframundo], ligado a la tierra, sobre la que se yergue su figura benéfica. No faltan indicios referentes a la valoración de su poder genético.

Se ha discutido mucho acerca del origen de la Tauromaquia en el circo romano. Pero hoy se sabe que tiene unas raíces bastante más profundas. Algunos autores suponen que la costumbre romana vino a reforzar el espíritu taurómico de los hispanorromanos.

No obstante, no se puede explicar la causa de la evidente interrupción que las supuestas corridas celebradas en los circos de la España romana sufrieron con la caída del Impero Romano, ni el motivo de su aparición en los siglos posteriores bajo la forma de lucha taurina medieval. Los primeros documentos sobre corridas de toros en España proceden del siglo XI-XIII.

«El problema es que no conocemos datos históricos referentes al período comprendido entre la época romana y el siglo XIII capaces de ilustrar la existencia de ritos populares referentes al toro. Debieron de existir, porque de otro modo no se explica la costumbre del toro nupcial, tal como se encuentra en la época de Alfonso X el Sabio. El hiatus existente entre los elementos arqueológicos sobre el culto al toro en Iberia prerromana y lo que conocemos históricamente a partir del siglo XII y XIII es demasiado grande.»
[Álvarez de Miranda]

EL TORO SÍMBOLO DE PODER GENÉTICO

El misterio de la generación tarda mucho en ser descubierto por la mentalidad arcaica y da lugar a muchas creencias y ritos en la religiosidad popular sobre la magia sexual del toro.

Hay un número de fenómenos religiosos que aparecen un poco en todos los lugares, en el ámbito del mundo antiguo, procedentes de áreas históricas distintas, que parecen contener claramente la concepción mágico-religiosa del toro como transmisor de la capacidad de engendrar.

«El carácter eminentemente ganadero de toda la civilización del mediodía de España induce a explicar la presencia del toro como animal no sólo amigo, sino de gran importancia, aristocrático y familiar al hombre, cuyo máximo prestigio nace del hecho misterioso de su poder generativo.» [Álvarez de Miranda, 1962: 30]

«La lingüística ofrece indicios de la fecha relativamente reciente de la concepción del prestigio genésico del toro. Todos los datos relativos al origen y a la difusión de la domesticación de los toros inducen a pensar que los sumerios fueron, si no los autores de semejante descubrimiento, al menos los que por vez primera la utilizaron con mayor frecuencia y los que la extendieron. Al nombre sumerio del toro, *gud*, se añade después la palabra que expresa el miembro viril, *gio*, para especificar de este modo la nueva situación del toro semental, esencialmente diferente de la del toro salvaje.

Ya la denominación sumeria del toro destinado a semental revela una esencial consolidación de la concepción sexual. En las lenguas indoeuropeas no faltan tampoco claros testimonios de la frecuencia con la que se empleó esta cruda alusión realista para bautizar al toro doméstico; uno de los nombres del toro en alemán antiguo (*Bulle*) deriva de la misma raíz que ha dado después lugar al griego *phallós* [φαλλός] (i. e. **bhl-no*).

Junto a estas formaciones recientes y de origen sexual, las lenguas indoeuropeas poseen otro vocablo antiguo para designar al toro (griego ταῦρος *taúros*, latín *taurus*). La mayoría de los lingüistas con partidarios de la teoría de que el vocablo no es indoeuropeo.

Esta fuerte concepción de la capacidad primordial de engendrar del toro está testimoniada no solo en la etimología. También la semántica acredita nuevos desarrollos de esta misma idea.

En las artes plásticas es frecuente la vinculación del toro a la imagen *ithiphalica* [del gr. ἰθυφαλλικός *ithyphallikós*: 'que tiene el falo erecto']. Una cabeza de toro encontrada en Fenicia lleva en la frente un *membrum virile* humano, y en las pinturas de una tumba de Tarquinia, del siglo VI a. C., están representadas dos escenas de crudo contenido sexual en las que participan dos toros, uno de ellos en actitud *ithiphalica*, en evidente relación con la acción de los protagonistas.» [Álvarez de Miranda, 1962: 12-14]

EL TORO EN EGIPTO [Álvarez de Miranda, 1962: 135 ss.]

En el mundo egipcio, el primitivo culto del toro se transformó, dentro de la evolución de la religión oficial, en sistemas teológicos de contenido celeste, mientras en la religiosidad popular se mantuvo frecuentemente ligada a viejas concepciones que concebían al toro como una sagrada reserva de energía generatriz, transmisible mágicamente al ser humano.

La figura del toro sufrió en Egipto una completa evolución, cuyo origen es el culto local al toro y a la vaca. Pronto la figura del toro, como la de la vaca, conquistaron, a través del sincretismo, aspectos de la teología solar. Esta

teología, que originariamente era extraña a estos animales, se sobrepuso al culto local y primitivo del toro y de la vaca, y desembocó en representaciones de carácter uránico.

En la esfera uránica, probablemente se adelantó la vaca dentro de la teología celeste. La vaca arrastró al toro y lo introdujo en el ámbito celeste y cosmogónico. El toro del cielo no es más que una proyección del dios-toro adorado en la tierra.

El originario culto real del toro no dio lugar a mitos inmediatos sino sólo después de haberse combinado con los dioses del cielo. Esta unión se convirtió después en punto de partida para una larga serie de especulaciones mitológicas que de por sí no tienen un punto de unión con el culto antiguo.

Desde un principio, las especulaciones sacerdotales acumularon elementos teológicos en las figuras de estos toros; estos elementos no tenían en sí casi nada que ver con las creencias populares y no influían en ellas.

De Apis sabemos que en la primera dinastía formaba parte su nombre del nombre propio que se daba a las mujeres de la familia real.

Apis, Mnevis y Bukhis llegan a ser tocots con un nombre propio, es decir, tras dioses encarnados en toros, en virtud de un proceso religioso selectivo de abstracción, obrado en la esfera religiosa oficial, para la que lo más importante no era el toro en sí mismo, cuanto el dios que se encarnaba en él.

La religión popular seguía vinculada al elemento más concreto y sensible del dios-toro, a su originaria potencia y no a su transfiguración teológica: Dice Heródoto que las doncellas se acercaban al toro sagrado Apis, a las que estaba prohibido normalmente verlo, y delante de él descubrían su vientre para exponerlo al influjo fecundante del dios.

El primitivo culto al toro como animal sagrado no desapareció jamás de Egipto, sobreviviendo especialmente en la magia y en la religión popular.

EL TORO EN EL MUNDO ASIRIO-BABILONIO

La casi totalidad de las figuras religiosas del toro en el mundo babilonio y asirio parecen depender de la intuición de la corpulencia y el mugido del animal salvaje, como era de esperar, dado el especial y persistente papel del *Aurochse* (auroch) en la región asiática, que acaparó, por así decir, a expensas del toro doméstico, la preponderancia como símbolo e imagen mítica.

No obstante, parecen percibirse también en el mundo asiático figuras y concepciones del toro fundadas en el prestigio del animal engendrador, que es inseparable de su condición de rey del rebaño bovino, de aristócrata del mundo de los animales; estas representaciones, probablemente no por obra del azar, ya no se encuadran en el espacio y en el tiempo de la cultura

abilónica, en la que tanto se prolonga el prestigio del toro salvaje, sino en el área sirio-hitita y hacia el fin del segundo milenio.

También en el mundo religioso de Asia Menor parece que existen huellas de la peculiar magia del toro. En Egipto tenemos pruebas de la especial relación de la mujer con el toro, siempre dentro de esta concepción de carácter sexual.

También en la religión micro-asiática existen monumentos de esta índole que parece no han sido suficientemente estudiados desde el punto de vista de la magia del toro.

EL MUNDO MEDITERRÁNEO PREHELÉNICO

Si pasamos al estudio del contenido primordial del toro en el mundo mediterráneo, en el que permanece lejano el recuerdo del toro salvaje y está vivo, por el contrario, el del toro como animal de rebaño, el toro como semental, no será arriesgado afirmar a priori que en la religiosidad prehelénica debemos encontrar un valor religioso del toro más en relación con sus atributos generativos que con los físicos de la corpulencia y del mugido potente.

Un antiquísimo culto del toro parece haber brotado pujante, bien que bajo formas casi siempre confusas, en todo el mundo mediterráneo.

Hay que recalcar el hecho de la ubicación en Creta de toda una serie de episodios legendarios, como el de Fedra, Pasifae, Ariadna y Procris, inspirados en una pasión intensamente erótica.

No hay ningún documento de la existencia de una divinidad masculina adulta en Creta. No existen figuras directas en lo referente a las relaciones de la preponderante divinidad femenina cretense con un principio masculino, encarnado en el toro.

El mito de Europa y de Pasifae, vinculados a la isla minoica y a una ordenación preolímpica del mundo, han llegado a nosotros a través de las elaboraciones de poetas e historiadores clásicos cuya mentalidad, formada en el mundo olímpico, no podía comprender el hecho monstruoso de la unión con el toro en su significado más profundo.

El núcleo común de los dos mitos es un mismo mitologema: la idea del toro como potente engendrador, capaz de extender su maravillosa potencia al mundo de los humanos.

En el mito de Europa, Zeus, metamorfoseado en toro, parece ser una evidente elaboración, al plano de la religión helénica, de otra divinidad raptora taumomorfa, que, según algunos, sería el propio Minos. El toro es aquí causante de la actividad erótica. Se trata de un toro blanco.

En el mito de Pasifae se trata de un toro negro. No es suya la iniciativa pasional, sino que en ella representa el papel de víctima, y apenas apareció delante del rey de Creta despertó su deseo, y en vez de sacrificarlo lo envió

a reunirse con el rebaño, con el propósito de lograr de él una magnífica prole.

La contraposición del toro de Europa con el de Pasifae se manifiesta en la funesta descendencia de este último comparado con el primero. Este elemento de "maldición" justificado en mitos posteriores, origina el nacimiento del Minotauro, monstruo con el que se vincula toda una secuencia de episodios terroríficos que contrastan con el parto normal de Europa.

Pasifae y Europa: Mientras Europa es una delicada doncella, Pasifae, esposa de Minos, del hijo del toro, él mismo protagonista de una gran cantidad de aventuras de amor, es la agente de la aventura con el toro, y suya es la pasión e iniciativa por realizarla. Europa jugaba con sus compañeras cuando apareció el toro, Pasifae, cuya virtud y experiencia mágica son bien conocidas, recurrió al ingenio mecánico de Dédalo como demiurgo e inventor de la *vaca de madera*.

Esta diferencia entre los mitos de Europa y Pasifae pone de relieve que constituyen un mismo mitologema esencial. Las diferencias que se perfilan son de carácter lógico y ético; en tal sentido secundarias a la imagen fundamental que pone en contacto el toro y la mujer, dentro de una zona de intuiciones sexuales. Este es el núcleo fundamental de los dos mitos, y en él hay que buscar el sentido del mitologema, que parece contenerse claramente en una vieja intuición de la magia genética del toro.

La enseñanza que se deduce de estos mitos prehelénicos:

La relación entre el toro y la mujer se apoya en la idea arcaica de que el animal, genésico por excelencia, es el más apto para transmitir su poder, siempre de modo maravilloso y en virtud de un determinado tipo de contactos con la mujer. El hecho de que estos contactos tengan lugar dentro de la esfera de la magia simpática, como actos capaces de producir la generación en el seno femenino, es un fenómeno perfectamente normal dentro del orden de la mentalidad religiosa arcaica.

La verdad de los mitos de Europa y Pasifae parece justamente consistir en el hecho de que el contacto, más bien mágico que fisiológico, entre el toro y la mujer es capaz de producir en esta última los efectos maravillosos de la fecundidad.

Otros mitos y ritos del círculo prehelénico que son huellas de esta peculiar relación entre el toro y la generación en el ámbito humano.

La *Artemis Tauropolos* que muchas monedas de Macedonia representan cabalgando a galope sobre un toro, y que algunos consideran como una creación de la isla de Creta, ofrece el mismo tipo de relaciones mujer-toro.

Pausanias habla de un santuario cuya sacerdotisa debía beber sangre de toro como prueba ordálica de su castidad. [Ordalía: Prueba a la que eran sometidos los acusados en la Edad Media para averiguar su culpabilidad o inocencia; como las del duelo, el fuego, el hierro candente, etc.]

En el santuario de Diónisos, en Elea, las mujeres rogaban al dios que hiciese su aparición bajo la figura de un toro, y una divinidad taumomorfa, Acheloo, es el raptor de Deyanira.

En el mundo mediterráneo son frecuentes estos tipos de relaciones entre el hombre y la mujer, que justifican la precisa formulación de Kornemann (*Die Stellung der Frau in der vorgriechischen Mittelmeerkultur*, Heidelberg, 1927, pág. 58):

Neben dem Stier, ist die Frau. Das Weib und der Stier, den Mann und das Pferd: in diesen kurzen Formeln ist man versucht, alte und neue Zeit einander gegenüberzustellen.

El nervio de la cuestión radica en la psicología humana y se nutre de la intuición originaria que ve al toro como una misteriosa e ingente reserva de energía generativa. Esta mentalidad parece ser la causa, en ciertos estratos populares de la religión egipcia y micro-asiática, de ciertos ritos oscuros en los que interviene el toro.

No sería extraño que en la misma Creta hayan existido mitos basados en la misma intuición de la magia del toro. Este es el sentido originario que parece posible atribuir a las discutidas corridas de toros cretenses.

[Álvarez de Miranda, 1962: 173 ss.]

ORIGEN DE LAS CORRIDAS ESPAÑOLAS Y DE LAS CRETENSES

En su trabajo de investigación sobre el origen de las corridas españolas, Ángel Álvarez de Miranda examina hasta qué punto las intuiciones sugeridas por el toro como depósito de energía engendradora se halla en la base de algunos mitos y de algunos ritos de las religiones antiguas.

«Del múltiple y polivalente contenido del toro, como figura religiosa, nos proponemos aquí aislar, en la medida de lo posible, solo este aspecto concreto, estudiándolo en distintos ambientes históricos. Esta magia del toro no es el fin último de nuestro estudio, aunque sí el presupuesto de ciertos contactos entre el ser humano y el toro, que parecen ahondar sus raíces precisamente en la magia, y que conocemos en el lenguaje ordinario con el nombre de corridas. Nosotros intentaremos ilustrar su origen partiendo de la magia sexual del toro. Esta magia aparece un poco en todos los lugares, en el ámbito del mundo antiguo, pero su transformación en corridas es característica de la Península Ibérica y de la cultura minoica.

Parecen existir huellas importantes en las religiones y ritos que han pervivido hasta nuestros días de las poblaciones rurales en la Península Ibérica. En este sector buscaremos no solo los datos y documentos arqueológicos, sino también preferentemente los suministrados por la Etnología y el Folklore.» [Álvarez de Miranda, 1962: 14-15]

La mayoría de las teorías sobre las corridas han ignorado su aspecto histórico-religioso. El toro, preferentemente el toro domesticado semental, es para el hombre primitivo un depósito cualificado de energía creadora,

reproductora. Por consiguiente, este hombre cree poder utilizar esta fuerza de fecundidad para sus propios fines por medio de la magia simpatética contaminante. Las "corridas" no son más que la degeneración de un rito en un juego, de un rito sagrado en un espectáculo profano del que se ignora el origen.

La teoría sobre el origen cretense de las corridas carece de pruebas suficientes. La semejanza entre las corridas españolas y las cretenses, entre ambos ejercicios lúdicos con el toro, no proviene de la influencia de unas sobre otras, sino de una base común: la intuición primitiva del poder fecundador del toro y los consiguientes ritos mágicos para lograr su transmisión.

Los vestigios de un culto del roto en las religiones antiguas de la Península Ibérica son abundantes. En algunas de las representaciones prehistóricas del toro está especialmente marcado su poder genético. Pero para examinar el origen de las corridas actuales es menester examinar los mitos y los ritos en que aparece el contacto del hombre y el toro encaminado a obtener su fuerza genética. En los mitos, cuentos y leyendas podemos detectar la relación mágica toro-sexualidad en apoyo a esta teoría.

En la costumbre del toro nupcial encuentra Álvarez de Miranda el antecedente directo de las "corridas", que vienen a ser su desarrollo lúdico. Esta magia sexual del toro se ve confirmada por el análisis en Egipto, Norte de África, Asia Menor y Mediterráneo de los mitos y ritos de sus religiones antiguas. Ritos que siempre están expuestos a un desarrollo lúdico.

EL PAPEL DEL TORO EN LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES

«Las religiones antiguas han utilizado este animal, al igual que tantos otros animales apreciados, como víctima en los sacrificios; independiente de esta utilización del toro para fines de carácter religioso, lo han elegido a veces como objeto de culto, ya bajo la especie de la diversa potencia animal en sí misma, ya como encarnación de la divinidad en ciertos sujetos de la especie bovina, que en muchos casos ha evolucionado hasta concebir al animal como un mero símbolo de la divinidad, un heraldo o un servidos de ella misma.

La acentuada evolución del teriomorfismo hacia el antropomorfismo en la religión antigua señala inexorablemente el progresivo empobrecimiento del toro como figura religiosa. [Teriomorfismo: transformación de un ser humano en un animal, así como la transformación inversa en un contexto mitológico.]

Hay otra dirección en la que el toro, a veces, alarga su vigencia; como, por ejemplo, en ciertas religiones místicas. Su función está ahora vinculada al sacrificio y a la fertilidad, y se basa en la concepción arcaica del valor mágico fecundador de la sangre. En esta línea, el toro no está solo, porque tanto su sacrificio como su sangre son los valores que comparte con otros animales y con el hombre. No obstante, la transformación sociológica que es propia de las religiones místicas, el toro ha sobrevivido, a veces, como

tantos otros elementos arcaicos, y solo perdura en ellas como elemento simbólico y ligado al sacrificio.

Una tercera dirección religiosa en la que el toro parece haber prolongado su presencia es la que hemos perseguido, y que se resume como intuición de su potencia mágica en orden a la generación humana. Así como en el círculo de intereses vinculados al mundo vegetal el toro comparte con otros animales los prestigios de la fertilidad ligados a su sangre, en este campo el toro goza de una situación aristocrática. Él es el fecundador κατά ἐξοχήν [katá exojén: 'por antonomasia', 'por excelencia', 'en su sentido más propio'], y su valor no se vincula a su aniquilamiento sacrificial, sino a su presencia y a su contacto.

De aquí surge una serie prácticamente ilimitada de tratos mágicos del toro, capaces de pervivencia, aun en el ámbito de las religiones nacionales; otras veces paralelamente, bien que independientemente, de las religiones místicas, pero siempre en el estrato de la magia de la religiosidad popular y de las creencias especialmente femeninas.

Este tratamiento mágico del toro es de una radical degradación desde el punto de vista religioso. Si en las religiones nacionales el toro solo puede perdurar como símbolo y en las místicas como víctima, en la magia popular el toro solo puede mantenerse a condición de transformarse, de desaparecer como objeto religioso, introduciéndose en la esfera profana.

El germen lúdico que posee por naturaleza favorece este tránsito. Al no existir ninguna referencia a la divinidad, fenómeno frecuente en la magia, se llega a perder la conciencia del carácter religioso del antiguo rito, y esta pérdida de conciencia religiosa, unida al creciente descubrimiento del valor de su carácter lúdico, termina por encuadrar al toro en la esfera profana.

Es un proceso lento y poco claro, cuyas etapas intermedias son siempre difíciles de precisar. Nunca se efectúa totalmente; su órbita completa se desarrolla enteramente solo en momentos y lugares especialmente adecuados y con carácter excepcional, en ambientes dotados de una gran tenacidad conservadora del elemento arcaico.» [Álvarez de Miranda, 1962: 209 ss.]
